

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Daniel Codina, monje de Montserrat
1 de septiembre de 2013
Sir 3, 19-21 , 30-31 / Heb 12, 18-19 , 22-24 / Lc 14, 1a, 7-14

*Jesús, de camino hacia Jerusalén (Lc 13, 22), un sábado, hace una parada para ir a comer a casa de un fariseo importante que le ha invitado. Este hecho permite a Jesús ejercer su magisterio sobre el Reino de Dios. Es un sábado, el día del reposo y lo están observando para ver si incumple la norma sabática del reposo y poderlo acusar. Pero no se dan cuenta de que Jesús también observa los invitados, qué comportamiento tienen a la hora de ponerse a la mesa y ve que todo el mundo se esforzaba por coger los primeros puestos antes que el anfitrión señalase a cada uno el lugar que le corresponde. Es decir, todo el mundo se siente importante, todo el mundo se enaltece. Entonces Jesús aprovecha la ocasión para dar una enseñanza sobre cuál debe ser el comportamiento, no sólo de buena conducta o de buena educación como ahora diríamos, sino de la conducta que nos debe servir de base para estar en el banquete del Reino. Y lo hace en forma de parábola sacada de la vida misma, de lo que pasa allí mismo: en el Reino, el lugar no nos lo elegimos cada uno, sino que nos viene señalado por Dios; no valen los méritos propios, sino la benevolencia del Padre, y a diferencia de lo que ocurre en los banquetes de la tierra, en el del Reino, Dios nos tiene destinado a cada uno el primer lugar. Evidentemente que esto es una manera de hablar muy humana, pero para comprenderla, podemos comparar este texto con la parábola que Lucas cuenta en el capítulo 18 de su evangelio: la del fariseo y del publicano o cobrador de impuestos: el texto del evangelio de hoy y el de esta parábola tienen la misma conclusión: *todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido* (Lc 14, 11 y 18, 14). En la parábola de los dos hombres que hacen oración en el templo, no se trata del primer o del último lugar, sino de ser acogido y perdonado por Dios: el fariseo ora de pie en un lugar visible con una oración de autocomplacencia: él es el mejor, ni es un pecador como aquel publicano que está allí en un rincón: el fariseo ya tiene bastante con el cumplimiento de las leyes y tener la conciencia tranquila. El publicano, en cambio, se encomienda a la misericordia de Dios porque se siente pecador y su oración es escuchada: vuelve perdonado a su casa, el otro no. En el Reino no se trata de ser primero o último, sino de creer y esperar en serio en Dios, que es el que nos invita a participar en el banquete del Reino. Otro texto de san Lucas nos puede ayudar a profundizar en este tema: en el cap. 22, durante la última cena, narra una discusión de los discípulos *sobre quién de ellos debía ser tenido como el primero* (v. 24). Jesús corta la discusión diciéndoles que no quieran hacer como los reyes o los dueños de este mundo: *el primero entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierna, como el que sirve* (v. 26), tal como hace él mismo. Y termina con unas palabras magníficas y esperanzadoras para los discípulos y para todos nosotros; conviene que escuchamos bien estas palabras: *Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo os transmito el Reino como me lo transmitió mi Padre a mi: comeréis y beberéis en mi mesa en mi Reino, y os sentareis en tronos para regir a las doce tribus e Israel* (vv. 28-30). Compartiendo ahora la actitud de servicio de Cristo en los momentos de prueba, con total fidelidad, podremos compartir con Él la mesa del banquete del Reino. Estas palabras ¿no os recuerdan las del evangelio de hoy: «Amigo, sube más arriba». *Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales?* (Lc 14 , 10).*

A continuación, Jesús da otra lección, ya no tanto de buen comportamiento, sino de la manera de actuar que deben tener los discípulos de Jesús y los aspirantes a participar en el Reino de Dios, aunque se dirija al anfitrión que había invitado a Jesús y a otra gente al banquete, habla de manera más general: *Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos y gente que te puedan devolver el favor con otro convite*

y así quedar bien pagado. No. Invita a gente que no te puedan pagar *pobres, lisiados, cojos y ciegos*; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos: si lo haces así, si no buscas el quedar bien con los que te aman y te lo agradecen, Dios será tu recompensa: "Que Dios te lo pague", es la respuesta al acto generoso de caridad, como estamos acostumbrados a decir y a oír. Creo que esta enseñanza de Jesús tiene una doble dirección: por un lado, personal, de actitud: ¿dónde ponemos nuestra esperanza, nuestra "recompensa" final? De hecho, recordemos que los pobres son los herederos del Reino: *Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios* (Lc 6, 20), los ricos ya tienen su recompensa (v. 24). Por otra parte, la enseñanza de Jesús apunta en la dirección de la caridad, del amor a todo hombre y a toda mujer, sea amigo o enemigo: Pero vosotros, los discípulos del Reino, *amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada: tendréis un gran premio y seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los malos y desagradecidos* (Lc 6, 35), había enseñado Jesús anteriormente.

Hermanos y hermanas: Es rica y fecunda la enseñanza de este domingo. Procuremos profundizarla, y por eso os exhorto a leer en el NT entero el capítulo 14 del evangelio según san Lucas. De esta manera podremos escuchar con júbilo, como dirigidas a nosotros, las palabras de la carta a los Hebreos que hemos oído en la segunda lectura: *Vosotros os habéis acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo, ... a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios, ... y al Mediador de la nueva alianza, Jesús* (Heb 12, 22-24). Que la Eucaristía, signo de la nueva y eterna alianza, sea prenda y fuerza para continuar nuestro camino de discípulos de Jesús, con María y todos los santos.